

Libre del cargo público que habia desempeñado con honradez y probidad, se quedó á vivir en Méjico, cuyo clima le habia cautivado, como lo demuestran las siguientes palabras que se encuentran en su interesante *Instruccion*. «Es, dice, este reino, como entre todos los que he andado no he hallado otro igual, suave y apreciable en su clima, fértil y hermoso en su naturaleza, barato por la abundancia, libre por sus costumbres.»

Un año despues, el 3 de Junio de 1717, el marqués de Linares falleció en Méjico, causando profunda pena su muerte. Fué sepultado en la iglesia de San Sebastian, que era entonces el convento del Cármen. Su retrato, de cuerpo entero, se conservó, hasta la extincion de las comunidades de religiosas, en la portería del convento de monjas de Santa Teresa la Nueva, en Méjico, de que fué insigne bienhechor.

CAPÍTULO XVIII

Trigésimosexto virey D. Baltasar de Zúñiga, marqués de Valero, duque de Arion.—Provee de viveres á la colonia de Tejas.—El cacique de Nayarit pasa á Méjico y reconoce por soberano al monarca de España.—Al volver el virey de una procesion, se lanzó sobre él un hombre á quitarle el espadin.—Un incendio destruye el teatro de Méjico, y se construye otro llamado «Teatro Principal», que aun subsiste.—Funda el virey el convento de capuchinas indias de Corpus-Christi.—Trigésimoséptimo virey D. Juan de Acuña, marqués de Casafuerte.—Relevantes cualidades que poseia.—Mejoras hechas durante su gobierno.—Se funda la *Gaceta de Méjico*.—Observaciones sobre las causas de que no hubiese periódicos.—Mejoras materiales.—Pone en excelente estado los presidios de las fronteras.—Aprecio que consagraba el monarca al virey por sus virtudes.—Contestacion que Felipe V da cuando le dicen los consejeros que le releve.—Importancia de los efectos que conducia la nao de China.—Envía el virey á Tejas una colonia de habitantes de Canarias.—Obras de bien público que hizo.—Se niega el virey á recibir regalos.—Motivos que expuso para no admitirlos.—Muerte del virey.—Pena que causa su fallecimiento.—Trigésimoctavo virey D. Antonio de Vizarron y Eguiarreta, arzobispo de Méjico.—Buena marcha de los negocios públicos.—Horrible epidemia llamada *matlazahuatl*.—Victimas que causa.—Caridad del arzobispo virey y de las demás autoridades.—Cesa la epidemia.—Prosperidad de todos los ramos.—Temores de una

guerra con Inglaterra.—Un indio, dándose el nombre de profeta, subleva á los indígenas de Sonora.—Es ahorcado, con asombro de los indios que en él creían.—Mejoras materiales hechas por el arzobispo virey.

Desde 16 de Agosto de 1716
hasta 17 de Agosto de 1740

1716. El nuevo virey, marqués de Valero, hizo su entrada pública en la capital de la Nueva España el 16 de Agosto de 1716. En el mismo día entró á desempeñar el cargo de visitador de los tribunales y presidios, el inquisidor D. Francisco Garzaron, de cuyo nombramiento fué portador el mismo virey.

Apenas acababa de empuñar el nuevo gobernante el timon del Estado, cuando recibió un expreso que llegó con la mayor celeridad de la provincia de Tejas. El capitán D. Domingo Ramon le comunicaba una alarmante noticia. Le decia que el hambre affigia á los habitantes de aquel lejano territorio; que la escasez de granos era extrema, y que si no era socorrido pronto, se veria en la forzosa y triste necesidad de abandonar la provincia y retirarse con sus soldados á Coahuila. El marqués de Valero tomó inmediatamente providencias para remediar el mal, y poniéndose de acuerdo con el gobernador de Coahuila, proveyó abundantemente la colonia, enviando el consuelo á los affigidos habitantes. Al mismo tiempo hizo que fuesen maestros de todos los ramos que enseñasen á los naturales los oficios y las artes.

1717. Mientras en Tejas se atendia á la instruccion de los indios, y trabajaban los misioneros en doc-

trinarlos y enseñarles la lectura, la escritura y la aritmética, el cacique floridano Texjana se presentó en Panzacola con una numerosa comitiva, manifestando deseos de pasar á conocer la ciudad de Méjico. El gobernador de la colonia no puso obstáculo ninguno á su peticion, y Texjana llegó con los nobles indígenas de su tribu á la capital, donde el marqués de Valero le alojó decentemente. El cacique indio, agradecido á las atenciones que usó con él y su séquito el virey, manifestó que deseaba hacerse cristiano, y pidió el bautismo, recibiendo por nombres los del gobernante. Al despedirse del marqués de Valero para volver á la Florida, le prometió mantener la paz con los españoles.

1718. Otro cacique llamado Tomatiuh, de la provincia de Nayarit, pasó al siguiente año tambien á la ciudad de Méjico para hablar con el virey. La expresada provincia de Nayarit distaba de la capital de la Nueva España ciento ochenta leguas al Noroeste de Zacatecas, y era la única que se mantenía en la gentilidad y sin unirse á la corona de Castilla, cuando todas las demás de que se hallaba rodeada habian abrazado el cristianismo y reconocido al monarca español. El marqués de Valero recibió muy bien á Tomatiuh y le obsequió atentamente. El cacique manifestó al virey que el objeto de su visita era que enviase misioneros á su provincia que instruyeran á sus vasallos en la religion cristiana y los bautizaran, y el de reconocer al mismo tiempo por soberano al rey de España. La determinacion del cacique no podia ser mas satisfactoria para el gobernante. Aquella provincia habia sido la madriguera de todos los que cometian

algun delito en la Nueva Galicia, y huían de la justicia, seguros de ser bien acogidos por los indios de Nayarit. Unida á la corona, se les privaba á los criminales de aquel refugio, y se lograba la anexión de ella sin costo ni derramamiento de sangre. Cierto es que el paso dado por el cacique de Nayarit reconocía un punto de interés para él y sus vasallos, que era el del tráfico de la sal que llevaban á vender á Zacatecas y á otros puntos en que se trabajaba en las minas; pero esto en nada perjudicaba á la sociedad, y el virey, por lo mismo, le concedió que pudiera su nación cargar sal, como solicitaba, en las costas del mar del Sur, para que continuasen haciendo su comercio con los pueblos en que había minas. El marqués de Valero, aprovechando el ofrecimiento del cacique, nombró por capitán de la nueva provincia que se acababa de agregar á la corona, á D. Juan de la Torre, á quien dió orden de que reuniese los soldados necesarios para formar presidio en ella, y envió en la expedición misioneros jesuitas que civilizaran con la religión todo el país intermedio entre los Estados de Zacatecas y Jalisco, conocido con el nombre de frontera de Colotlan y Nayarit. El monstruoso ídolo á quien mas veneración consagraban fué enviado á Méjico, donde la Inquisición hizo con él un «auto de fé».

Cuando todo se presentaba favorable al prudente gobernante de la Nueva España, se vió amenazado de repente de un peligro inesperado y terrible. Al volver, el 16 de Junio de 1718, de la procesion del Corpus y empezar á subir la escalera de palacio con la Audiencia y demás comitiva que solía acompañarle en esas solem-

nidades, se lanzó sobre él un hombre llamado Nicolás Camacho, natural de San Juan del Rio, tratando de sacarle el espadín que llevaba ceñido. En el momento se precipitaron sobre el agresor los alabarderos que acompañaban al virey, y logrando impedir su intento le condujeron preso al cuerpo de guardia. Interrogado para que declarase el motivo que le habia conducido á dar aquel paso contra el gobernante, se vió que era un demente, y se le consignó al hospital de San Hipólito.

1719. La marcha del país era entretanto satisfactoria. Las remesas de azogue eran ya bastante frecuentes, y las minas habían tomado notable impulso: la agricultura florecía, y el comercio había tomado mayor actividad. Nadie pensaba sino en el trabajo, cuando de repente se vió acometido por una fuerza francesa el lejano presidio de Panzacola. La paz entre España y Francia se había roto con sorpresa, no solo de la América, sino de todas las naciones de Europa. No hubo mas motivo para ella que el odio que el duque de Orleans, regente del reino en la minoridad de Luis XV, tenía al cardenal Alberoni, ministro de Felipe V, que había tramado desposeerle de la regencia. Rotas las hostilidades en Europa entre las dos naciones, los franceses invadieron, en América, el punto de Panzacola el 19 de Mayo. El jefe del presidio hizo una defensa vigorosa; pero falto de víveres y de municiones, se vió precisado al fin á entrar en una capitulación decorosa, entregando la plaza. Esto obligó á retirarse á Coahuila á los misioneros jesuitas y á los colonos de Tejas, poniendo en conocimiento del virey lo que había sucedido. El marqués de

Valero reunió á toda prisa quinientos hombres, distribuidos en ocho compañías, y partieron sin pérdida de momento á restablecer aquel presidio y misiones, bajo el mando del marqués de San Miguel Aguayo, nuevo gobernador de la Florida y Tejas.

1720. Llegada la expedición, se volvió á guarnecer el presidio de Tejas, y los misioneros continuaron en su benéfica tarea de verter la ilustración en los pueblos indígenas.

1721. Entretanto la guerra entre España y Francia habia felizmente terminado, sin otra condición que la de despedir al cardenal Alberoni del ministerio de España. Restablecido el presidio en la provincia de Tejas, se ocupó, por solicitud del marqués de San Miguel de Aguayo, la bahía del Espíritu Santo, puerto importante que los franceses habian abandonado después de la guerra. Respecto del presidio de Panzacola, Felipe V escribió al virey, marqués de Valero, que no emprendiese hostilidades, pues era asunto que pronto quedaria felizmente arreglado.

1722. Cuando el excelente gobernante, contento de ver terminada la guerra entre España y Francia, se ocupaba en obras de embellecimiento para la capital, un voraz incendio, acaecido al amanecer del día 20 de Enero de 1722, destruyó el teatro que estaba en el claustro principal del antiguo Hospital Real, á cargo de los religiosos hipólitos. Una coincidencia rara hace notable ese desgraciado suceso. Se habia representado en la tarde anterior la tragedia intitulada: *Ruina é incendio de Jerusalem, ó desagravios de Cristo*, y para el día en que

se quemó estaba anunciada la comedia *Aquí fué Troya*. Destruído completamente por el fuego el expresado teatro, se construyó el que se conserva hasta el presente con el nombre de «Teatro Principal», bajo la dirección de D. Juan de Cárdenas, mayordomo del hospital, en el sitio de las casas que fueron de D. Juan de Villavicencio. El nuevo teatro se concluyó en 1753, y la comedia con que se estrenó se intitulaba: *Mejor está que estaba*, el día de la pascua de Navidad, 25 de Diciembre del mismo año.

Entre las obras que hizo el marqués de Valero, se cuenta el convento de capuchinas indias llamado de Corpus Christi. En su presbiterio está su corazón, que se envió á Méjico desde Madrid, donde falleció: una inscripción latina expresa el lugar en que está depositado.

Nombrado en ese año D. Juan de Acuña, marqués de Casafuerte, virey de Méjico, el marqués de Valero, que habia gobernado con notable prudencia y acierto la Nueva España, le entregó el mando, dejando grata memoria de su administración.

Trigésimoséptimo virey, D. Juan de Acuña, marqués de Casafuerte. El 15 de Octubre de 1722, entró á dirigir la nave del Estado el nuevo gobernante. Don Juan de Acuña, marqués de Casafuerte, habia nacido en Lima, en el Perú, y ha sido uno de los vireyes mas notables que gobernaron la Nueva España. La corte de Madrid le distinguió siempre, dándole elevados empleos á que se habia hecho acreedor por su capacidad y honradez. Tuvo el gobierno de Mesina en Sicilia; fué general de artillería, y llegó á obtener el supremo grado de capitán general de ejército. Era

caballero de la orden de Santiago y comendador de Adelfa en la de Alcántara.

1723. Desde sus primeros actos manifestó sus relevantes prendas como gobernante, conquistando con su acierto, probidad y justicia, el aprecio del país entero. La única recomendación á que atendía para dar los cargos públicos, era el mérito de las personas. La honradez y el saber eran los memoriales para optar á los empleos. Amante del orden, emprendió con empeño y prudencia la útil tarea de corregir los abusos y de reformar todo lo que juzgó que merecía ser tocado.

1724. Ningun suceso de sensación se verificó en 1724, y el único hecho que llamó la atención fué la renuncia que Felipe V hizo de la corona en su hijo Luis I. La proclamación del nuevo monarca se hizo en España el 10 de Enero, y llegada á Méjico la cédula para su proclamación, se verificó con la suntuosidad acostumbrada en esos actos. Poco, sin embargo, le fué dado permanecer á Felipe V vivir separado de los negocios del gobierno, pues habiendo fallecido de viruelas su hijo rey, en 13 de Agosto del mismo año, volvió á empuñar el cetro, jurándole nuevamente en Méjico por rey de las Españas.

1725 En la marcha próspera y tranquila que y 1726. llevaban los asuntos en la Nueva España, los años de 1725 y 1726 corrieron sin alteración ninguna, sin mas noticia importante que la de haber llegado á Cádiz la flota enviada de Veracruz, conduciendo en oro, plata y efectos, diez y ocho millones de duros. El comercio gaditano, que habia languidecido por las pasadas y

prolongadas guerras, empezó á recobrar su antiguo vigor con esta abundancia de dinero y mercaderías.

1727. Al mismo tiempo que el activo virey logró cortar los abusos que habia encontrado en algunas oficinas y veia marchar los tribunales por el recto sendero de la justicia, se ocupaba en el embellecimiento de la capital. Siendo los paseos no solo para solaz del público, sino tambien provechosos para la salud, pues purifican la atmósfera con el oxígeno de sus árboles, mejoró el hermoso paseo de la Alameda, adornándolo de agradables fuentes con variados juegos de agua, y aumentando sus jardines y su arboleda.

1728. En un país en que la sociedad no se agitaba dominada por ambiciones bastardas de mando ni de empleos; donde los dias corrian serenos como las cristalinas aguas de un tranquilo arroyo bajo un cielo sin nubes y sobre un lecho sin sinuosidades; donde la exuberante naturaleza se complace en proveer pródigamente al hombre con sus ricos frutos; donde el benigno clima dulcifica el carácter de las personas; donde, en fin, las discordias civiles no habian establecido sus reales unas enfrente de otras, la prensa periodística que vive de los acontecimientos ruidosos, de las escenas conmovedoras, de la agitación de las pasiones en lucha, no podia tener objeto, ni despertar interés. Por eso no existian en esa época, en la Nueva España, periódicos políticos. Un periódico de noticias hubiera muerto por no tener que comunicar ningunas. Todo el mundo sabia lo que pasaba de un extremo á otro del país; esto es, que no pasaba nada extraño. La juventud, en vez de entregarse á la

lectura de los periódicos, pasando las horas en leer los sucesos de las luchas de partidos, se ocupaba en el estudio de los buenos autores, y enriquecía su entendimiento con los bellos pensamientos de los mas ilustres escritores. La literatura no la forman los periódicos; al contrario, la matan.

No debe, pues, llamar la atención de nadie que medite, que no hubiese periodismo en la Nueva España en la época que nos ocupa. Lo que debe llamar la atención es que se empezase á publicar en Enero de ese año de 1728, la *Gaceta de Méjico*, por D. Juan Francisco Sahagun de Arévalo, impresa en la tipografía de D. José Bernardo de Hogal, en la calle de San Bernardo. Se publicaba un número cada mes, conteniendo noticias muy curiosas de aquella época. Antes que él, la habia empezado á publicar, en 1722, el señor Castorena, natural de Zacatecas, obispo que fué de Yucatan; pero interrumpida su publicacion, no se restableció hasta la fecha que dejo referida.

Notables mejoras materiales se habian hecho en la ciudad de Méjico desde que el marqués de Casafuerte se hallaba al frente del gobierno; pero las que merecen especial mención, fueron la Casa de Moneda y la Aduana, edificios suntuosos que podrian llamar la atención en las mas cultas ciudades de Europa, y que están patentizando la capacidad y el buen gusto de los arquitectos que existian en la Nueva España.

1729. Al mismo tiempo que embellecía la ciudad con esas obras importantes y con las mejoras introducidas en el paseo de la Alameda, se ocupaba en los impor-

tantes asuntos de gobierno y en hacer que los que tenían algun cargo público cumpliesen religiosamente con su deber. Nada se escapaba á su vigilancia. Deseando saber si en las fronteras se obsequiaban las disposiciones reales, ordenó al brigadier D. Pedro de Rivera que visitase los presidios de las provincias internas, facultándole para que reformase lo que juzgara necesario. Cuatro años empleó el digno encargado en esa comision, en que anduvo tres mil leguas, dejando arreglado todo lo concerniente al buen servicio de aquellos importantes establecimientos.

Aunque el término fijado á los vireyes en el cargo de su elevado empleo habia fenecido para el marqués de Casafuerte, Felipe V, que apreciaba sus virtudes, su capacidad y su honradez, se propuso dejarle en el poder durante su vida. El distinguido aprecio que hacia del ilustrado hijo de la América, está revelado en la contestacion que dió á los que le recordaron que se habia cumplido el término señalado á los vireyes para gobernar, y que era ya tiempo de nombrar el nuevo gobernante que debia pasar á la Nueva España.—«¿Vive Casafuerte?» preguntó Felipe V á sus consejeros.—«Vive; pero está agobiado por los años, y no puede ya, por lo mismo, con el peso de aquel gobierno.»—«Pues si vive Casafuerte,» contestó el monarca para desembarazarse de toda propuesta, «sus prendas y virtudes le darán aquel vigor que necesita un buen ministro.»

1730. Continuando el ilustrado virey en el mando por esa disposicion del soberano, siguió gobernando el país con el mismo acierto que hasta entonces.